

LOS CLÁSICOS

Babar y su autor

por María Martorell*

La reaparición de *La historia de Babar* en su formato original (además de las anteriores ediciones en formato más pequeño) y su gran aceptación entre los lectores más jóvenes han sido motivos de reflexión para algunos de los todavía seguidores de este elefante, aunque ya andamos por la llamada tercera edad, entre otras cosas porque es innegable que los niños actuales sienten ante Babar, su gente y sus andanzas, una emoción y un interés muy parecidos a los que despertaron en nosotros hace más de medio siglo.

¿Podemos considerar eso como una razón para otorgar a Babar el título de clásico de la literatura infantil?

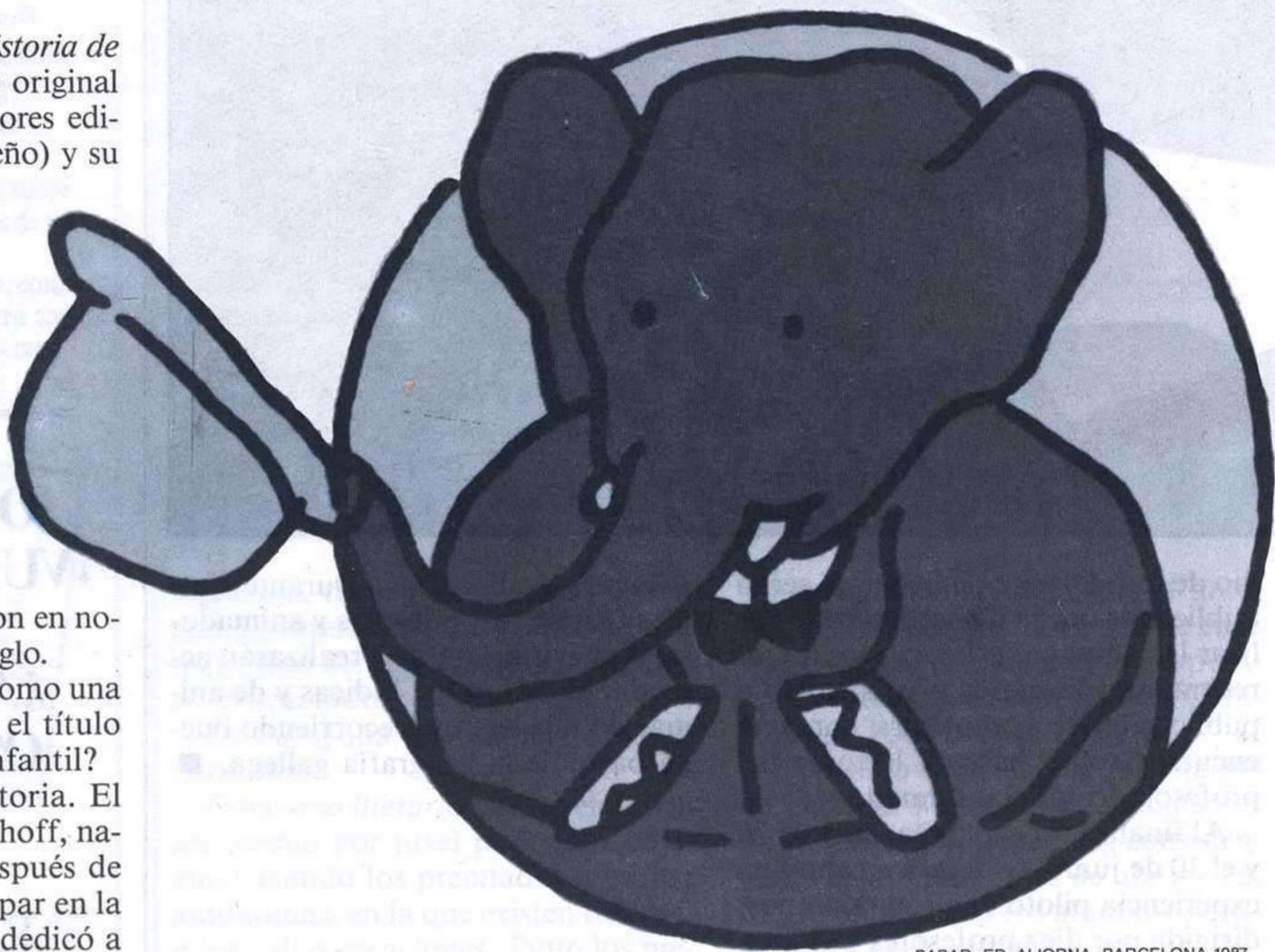
Hagamos un poco de historia. El autor de Babar, Jean de Brunhoff, nació en Francia en 1899 y después de estudiar en París y de participar en la Primera Guerra Europea se dedicó a la pintura. De su matrimonio con una joven pianista nacieron muy pronto dos hijos. Madre e hijos tienen mucho que ver con el elefante Babar que aparecería más tarde, ya que la madre inventaba para los niños unas historias que tenían como protagonista el hoy célebre elefante.

Pronto, una grave dolencia pulmonar obligó al padre a internarse en un sanatorio suizo, desde donde mandaba a sus hijos unos bellos dibujos que ilustraban los cuentos de su esposa.

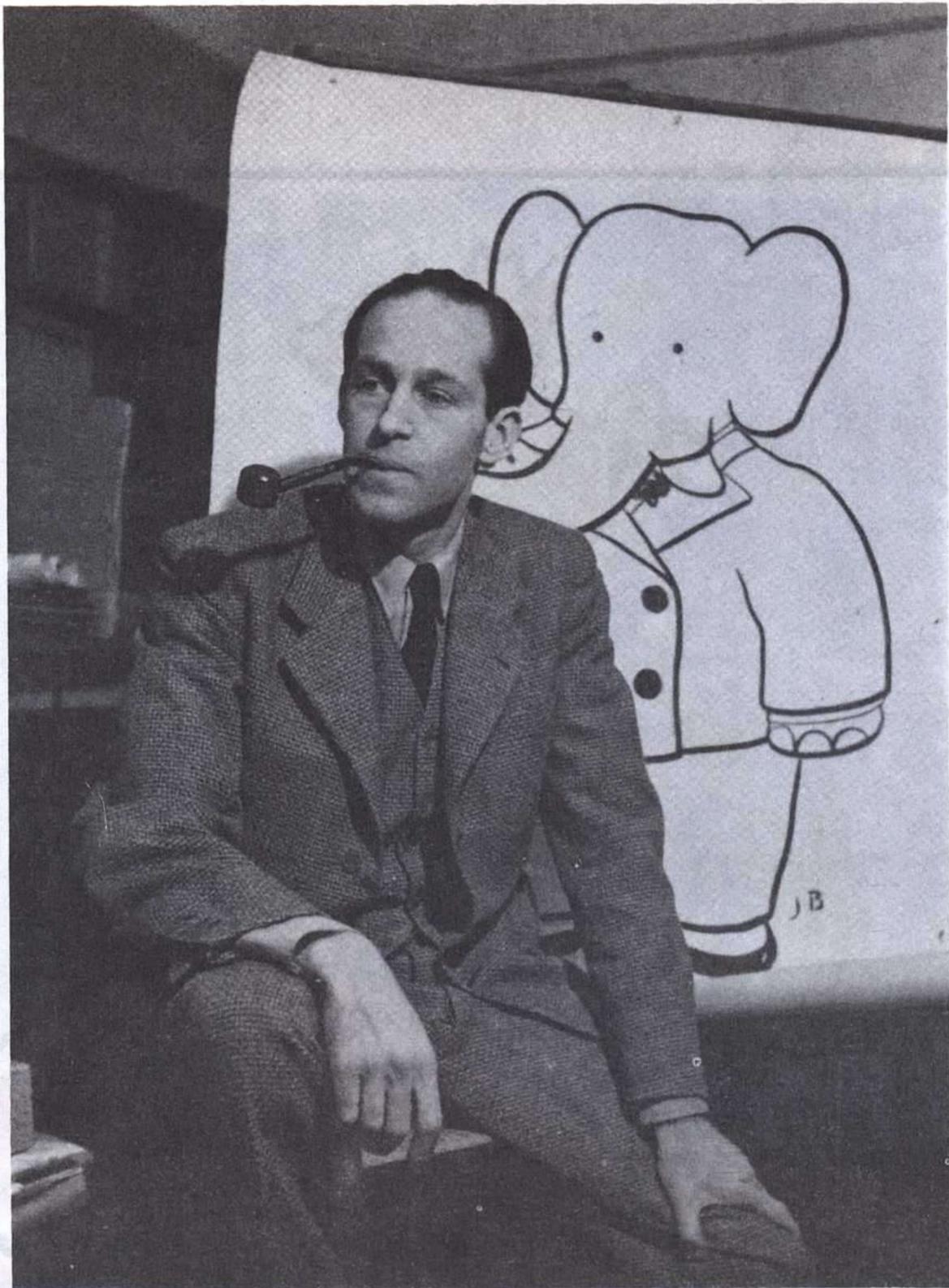
El hermano de Jean, relacionado con el mundo editorial, le animó a es-

cribir los textos y publicarlos en forma de libros. Así, a partir de 1931 aparecieron *La historia de Babar*, *El viaje de Babar*, *El rey Babar*, *Las vacaciones de Zephir*, *Babar en familia* y *Babar y el Papá Noel*.

En 1936, Jean de Brunhoff murió, un



BABAR. ED. ALIORNA. BARCELONA 1987.



Jean de Brunhoff, autor de *Babar*. Foto: *Tres siglos de literatura infantil europea*, Ed. Juventud, Barcelona, 1968.

año después del nacimiento de su tercer hijo.

Babar nació y creció en el seno de una familia francesa cuyo joven padre le dio forma. Hoy vive entre familias y niños de muchos países a los que se adapta fácilmente. ¿No es esta otra virtud de lo clásico?

Ahora bien, profundizar en las razones y las características, que dan a los álbumes de Babar el carácter de obras perennes y siempre actuales entre los niños, requeriría una extensión de la que no disponemos en estos momentos y, sobre todo, la colaboración de especialistas en los ámbitos de la pedagogía, el lenguaje y las artes plásticas.

Nos limitaremos, pues, a citar las características que nos parecen más evidentes, sin entrar en análisis.

Los libros protagonizados por el elefante Babar ofrecen tres aspectos,

independientes desde un punto de vista formal, pero íntimamente relacionados en la realidad, que son: el argumento, el texto y los dibujos.

La vida de Babar se desarrolla según una lógica tan evidente que el lector acepta con toda naturalidad el absurdo que representa tratar la vida de un elefante de esta manera. Un elefante que vive una gran tragedia en su selva natal cuando es muy pequeño; que encuentra una protectora y educadora en el momento oportuno (¡qué ternura en la relación entre la vieja dama y Babar y, a la vez, qué sentido del respeto a la libertad personal de cada uno!); que recupera a sus parientes y amigos; que funda su familia y que llega a la jefatura —será el rey— de su pueblo por sus méritos personales y su superioridad cultural. Y todo esto contado a través de pequeñas anécdotas y aventuras, siempre fáciles de en-

tender, con una trama bien construida y suficientemente interesante.

Saber condensar este contenido en un texto claro, breve, vivo, de lenguaje rico y expresivo, supone un autor con un dominio total del idioma y con un conocimiento profundo del mundo de la primera infancia.

Hemos dejado para el final las ilustraciones, obra del propio Jean de Brunhoff, que fueron en realidad el origen de la publicación de las historias de Babar. Otra vez tenemos que hablar de la coincidencia de dos cualidades en el autor, el citado conocimiento del mundo infantil y su excelente habilidad como dibujante.

El análisis de estos dibujos, tanto en su aspecto global, como en la nitidez de las líneas y en la riqueza de los detalles más mínimos, daría para muchas páginas y, además, exigiría la voz —o la pluma— de un buen experto. Sólo queremos mencionar dos puntos que juzgamos esenciales. Por una parte la figura de Babar y la de los demás elefantes que, aún actuando como «hombres», nunca se convierten en animales caricaturescos con rasgos humanos. Físicamente siempre son elefantes y sus actitudes, por anormales que sean, nunca sorprenden: son absolutamente «naturales». Por otra parte, el detallismo de las imágenes a doble página, sobre todo, son inagotables. ¡Qué cantidad de material para la observación, el lenguaje, la expresión y la imaginación! La mayoría no se han borrado de nuestra mente, a pesar de los más de cincuenta años transcurridos desde la primera vez que las contemplamos y, por las reacciones que pueden observarse en los pequeños que las miran ahora, siguen despertando idénticos sentimientos.

Por todo lo dicho, y por mucho más que se ha quedado en el tintero, Babar es para nosotros un clásico. ■

* María Martorell i Codina es pedagoga.